



Luis deseaba disminuir sus gastos, pero se lo impedían las costumbres del fausto y la compasión que le inspiraban sus antiguos servidores. La Maintenon se vió reducida á comer pan moreno; compañías enteras de caballería se desertaban para dedicarse al contrabando. Luis, para tener quien le prestase, dispensaba al banquero Samuel Bernard tales consideraciones, que en otro tiempo hubieran enorgullecido á los príncipes; y no sabiendo adónde acudir para obtener recursos, exigió la décima de las rentas, gravámen expuesto á muchas arbitrariedades, que reportó inmenso disgusto y poco fruto.

Entre tanto murió Leopoldo I, y también su sucesor José I, y habiendo sido elegido para ocupar el trono imperial Carlos, pretendiente al de España, renació en los aliados el temor de una reunión peligrosa, y en los españoles el de quedar reducidos á provincia; además de que éstos aborrecían un rey puesto en el trono por naciones heréticas. Los planes formados por Marlborough eran siempre contrariados por los comisarios de los Estados generales, que acompañaban al ejército con instrucciones limitadísimas, y que, según aquella viciosa constitución, debían consultar á tantas personas, que el secreto al fin se divulgaba, á lo cual se agrega el envidioso despecho de tener que obedecer á un jefe extranjero; de modo que Marlborough tuvo que engañarlos muchas veces y no revelar su pensamiento hasta el momento de la ejecución. Por esto el anciano general Athlone, habiendo recibido felicitaciones de los Estados generales por el buen éxito de la campaña de 1702, dijo: «Sólo se debe al incomparable generalísimo; en cuanto á mí, no puedo dejar de acusarme de haberme opuesto continuamente á todo lo que proponía al Consejo.»

Luis practicaba entre tanto secretas gestiones para conseguir la paz; pero no ha habido en los tiempos modernos negociaciones más largas y complicadas. «El curso de un reinado afortunado (dice Torcy) no había sido en tantos años interrumpido por ningún accidente desgraciado; así es que el rey sentía más vivamente las calamidades, porque jamás las había experimentado. Terrible humillación era

para un monarca, acostumbrado á vencer, elogiado por sus triunfos, por su moderación cuando dictaba la paz y prescribía sus condiciones, verse ahora obligado á implorarla de sus enemigos, ofrecerles en vano restituir partes de sus conquistas y la monarquía española, y abandonar sus aliados; y para que se aceptasen estos ofrecimientos, tener que dirigirse á aquella república cuyas principales provincias había conquistado en 1672, y rechazado su sumisión cuando ella le suplicaba que le concediese la paz con las condiciones que quisiera. El rey soportaba este cambio con la constancia de un héroe y la resignación de un cristiano á los decretos de la Providencia, ménos afligido de sus pesares interiores que de los padecimientos del pueblo; ocupado siempre en procurar los medios de aliviarle y concluir la guerra, apenas se notaba que se violentase para ocultar á los demás sus propios disgustos.» Obligado por la necesidad y por las reclamaciones que de todas partes le dirigían los infelicitados pueblos, Luis recomendaba las negociaciones, y con millones tentaba la conocida corruptibilidad de Marlborough; pero cuanto más cedía, tanto más aumentaban los enemigos sus pretensiones, y el rey Felipe no consentía en ceder ni en fraccionar su corona.

En Inglaterra el partido de los whigs estuvo en auge mientras duró la necesidad de sostener la nueva dinastía contra el gran rey; pero entonces, que ya cesaba de causar temor, volvieron al poder los torys, más propensos á los arreglos. La reina Ana quitó el ministerio á Marlborough y Godolphin, y lo confió á Bolingbroke, ardiente partidario de la paz. Un cambio de gabinete produjo lo que no habían podido conseguir tantos ejércitos. Desagradaba á la Inglaterra que Carlos de Austria uniese á su imperio tantos nuevos estados y que tomase incremento la Holanda, émula del comercio inglés; y sobre ello se hicieron proposiciones á Luis que, como es de inferir, aceptó con mucha satisfacción, y que fueron los preliminares de la paz. En vano Eugenio acudió á Inglaterra para trastornarla y derribar al ministerio, aun cuando fuese por medio del asesinato y del incendio, según se dijo; se convocó un congreso



en Utrecht para definirla. También se obstinaron los imperiales en rehusarla. Eugenio sitió á Landrecy, cuya adquisición le hubiera abierto la Champaña y la Picardía; envió sus exploradores hasta las puertas de Reims, y amenazó llegar hasta Versalles con la tea encendida en la mano. Toda la Francia se hallaba en la mayor consternación y temor, y se aconsejaba al rey que se trasladase á la otra parte del Loira. ¡A tales humillaciones se veía reducido, á la edad de setenta y tres años, el rey más afortunado! Y no bastaba esto, porque Dios quería presentarlo como objeto de compasión.

El delfín, su único hijo legítimo, «el mejor de los hombres y el más inepto de los príncipes,» después de manifestar alguna habilidad en la guerra, y ninguna en lo demás, vivía retirado en Meudon, donde murió de cuarenta y nueve años. Luis sintió esta desgracia con un dolor moderado; pero no era más que la primera gota de un cáliz que debía apurar hasta las heces. Su hijo el duque de Borgoña, que corrigió sus violentas pasiones con la santa educación de Fenelon y de Fleury, era buen guerrero, y esperaba reunir con generosas instituciones á los príncipes, al pueblo y al ejército; tuvo el título de delfín por espacio de diez meses, y murió á los treinta años.

Su mujer María Adelaida de Saboya, llena de gracia y talento, formaba las delicias del anciano Luis. En público era seria, mesurada y respetuosa con el rey y decorosamente tímida con la Maintenon, á quien llamaba tía para confundir la categoría con la amistad; pero en privado, charlaba, saltaba y gritaba al rededor de ellos, ya se ponía derecha sobre los brazos de la poltrona de uno ú otro, ya jugueteaba sobre sus rodillas, saltaba á su cuello, los abrazaba, besaba, acariciaba, los estrujaba, les tiraba de la barba, los atormentaba, revolvía sus mesas, papeles y cartas, las abría, las leía, á veces á pesar suyo, y si los veía de mal humor, les hacía reír con sus chistes. Admitida en todo, entraba en las habitaciones del rey á cualquier hora; se hallaba presente cuando se recibían los correos que traían las noticias más importantes, y hasta durante el consejo; era útil ó funesta á los mismos ministros, aunque siem-

pre inclinada á prestar servicios, á excusar, á complacer, á no ser que se irritase violentamente contra alguno, como sucedió con Pontchartrain, á quien llamaba, hablando con el rey, *vuestro feo tuerto*, ó por alguna causa mayor, como lo estuvo contra Chamillard. Era tan libre, que una tarde en que el rey y madama Maintenon hablaban con afecto de la corte de Inglaterra, cuando se esperaba la paz por la reina Ana, se apresuró á decir: «Querida tía, es necesario convenir que en Inglaterra las reinas gobiernan mejor que los reyes, ¿y sabéis por qué, tía mía? (añadió corriendo y saltando), porque mientras ocupan el trono los reyes son las mujeres las que gobiernan, y cuando le ocupan las reinas, son los hombres.» Lo más extraño es que los dos rieron y dijeron que tenía razón. Esta princesa murió seis días antes que su marido. Dejaron dos hijos, uno de cinco años, que fué entonces el delfín, y á las cuatro semanas murió, no quedando ya al rededor de aquella envejecida planta real más que un débil vástago de dos años.

Los dolores del hombre afectan, aun vistos en aquellos en quienes se odian las faltas de rey. El pueblo, que se prometía de los delfines el remedio de los males bajo los cuales gemía, y que perdonaba á Luis porque era padre y abuelo de ellos, se entregó entonces á sus manías; y como en las grandes desgracias es una especie de necesidad encontrar á quién imputarlas, sólo se hablaba del veneno. Saint Simon acusó á la corte de Viena; la voz pública denunció al duque de Orleans, á quien estos delitos aseguraban la regencia y le aproximaban al trono; él pidió que se le formase un proceso, pero no resultó que tuviese otra culpa, sino el haber dado sospechas por sus amistades con gentes de mala conducta.

El rey quedó profundamente conmovido y dijo al mariscal Villars, que marchaba para ponerse al frente del ejército reunido por el último esfuerzo: «Ved á lo que he quedado reducido: pocos ejemplos hay de una pérdida como la mía; Dios me castiga; lo he merecido; tanto menos padeceré en el otro mundo. Pero suspendamos los lamentos por mis desgracias domésticas, y veamos cómo precaver las del reino.





Os doy una prueba de la confianza que tengo en vos, encargándoos las últimas fuerzas y la salvación del Estado. Conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; pero la fortuna pudiera seros contraria. Si acaeciese alguna desgracia al ejército que mandais, ¿qué partido os parece debería tomar respecto de mi persona? Y viéndolo vacilar, añadió: «No me sorprende que no me contesteis de pronto, pero á fin de que me digais vuestro pensamiento, os expondré el mio. Los cortesanos quisieran que me retirase á Blois, sin aguardar á que el ejército enemigo se aproximase á Paris, como sucedería inevitablemente, si el mio fuese derrotado; sin embargo, jamás consentiré que el enemigo se acerque tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan respetables nunca son derrotados hasta el punto que el grueso de mis tropas no pueda retirarse sobre el Soma. Conozco este rio, es difícil de vadear, y hay plazas en él que pueden ponerse en buen estado. En caso de desgracia, iré á Perona ó á San Quintin, reuniré cuantas tropas me quedan para hacer con vos el último esfuerzo y perecer juntos ó salvar el Estado.» Despidiéndole despues, le ordenó buscar al enemigo y dar la batalla. «Pero, señor, será la última que daréis, dijo Villars.» «No importa; no exijo que derroteis al enemigo, sino que lo ataqueis; si la batalla se pierde, escribidmelo privadamente. Montaré á caballo, atravesaré Paris con vuestra carta en la mano: conozco á los franceses; os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquía.»

No se llegó á este extremo. Villars, vencedor en Denain, obligó á Eugenio á abandonar á Landrecy y se apoderó de otras ciudades, lo cual inclinó á sus adversarios á concluir la paz. Entre las eternas discusiones de los tratados, no queremos pasar en silencio una de ellas. Habiendo pretendido Ana que Felipe V renunciase á la herencia eventual del trono de Francia, le propuso dos medios: renunciar á la corona de Francia, conservando España y América, ó renunciar éstas y recibir las dos Sicilias, los ducados de Saboya, Monferrato y Mantua, para que pudiese unirlos á Francia en el caso de adquirir su corona. Este último proyecto se aco-

modaba mucho á las ideas de Luis, mayormente por tener vecino á Felipe como un apoyo en su ancianidad; pero éste encontró en su propia rectitud fuerzas suficientes para resistir á la voluntad de su padre y no separarse de la nación que habia preferido; y habiendo elegido un ministerio español, protestó contra las divisiones, excitó el entusiasmo de la nación, y se puso al frente de un ejército para rechazar á los austriacos.

Felipe inspiraba respeto á los castellanos; y la pobreza y la desgracia que suelen envilecer á los que reinan, le adquirieron la estimación de sus pueblos. Estaba sostenido por su esposa Luisa de Saboya y la princesa Ana de los Ursinos (Orsini), su camarera, mujeres valerosas y probadas por la desgracia. Arrojado dos veces de su reino sin confesarse jamás destronado, dos veces fué llevado á él por el duque de Berwick despues de la batalla de Almansa (1707), y por Vendome despues de la de Villaviciosa (1710); y eligió el primero de los partidos propuestos, renunciando á sus derechos eventuales al trono de Francia.

Al fin se restableció la paz, y la Inglaterra, que por primera vez era árbitra de Europa, quiso disponerla de modo que en mucho tiempo ninguna potencia europea pudiese predominar, dirigiéndolo todo en favor de las de segunda ó tercera categoría. Francia reconoció la dinastía inglesa protestante de Hannover, y declaró que jamás se uniría su corona á la de España, con lo que redujo su comercio á los límites que tenia en tiempo de Carlos II; dismanteló sus fortificaciones, y cegó el puerto de Dunquerque, culpable de haber armado en aquella guerra setecientos noventa y dos corsarios; restituyó á la Inglaterra la bahía y el estrecho de Hudson, cediéndole la isla de San Cristóbal, la Nueva Escocia en Acadia y Terranova con sus dependencias, y renunció en favor de Portugal á toda pretension sobre las tierras situadas al norte del rio de las Amazonas.

España, cediendo la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, con el resto de la herencia de la casa de Borgoña, y dejando á los ingleses Menorca y Gibraltar, quedó borrada de la lista de las potencias de primer orden; concedió además á los



ingleses el derecho por espacio de treinta años de trasladar á América cuatro mil ochocientos negros (*asiento*) y varias habilitaciones de comercio, con la promesa de no dar á otros ningún privilegio para las Indias ni enagenar ninguna de sus colonias. Los catalanes fueron abandonados sin defensa á la venganza de Felipe, que tomó á viva fuerza á Barcelona, y abolió todos los derechos constitucionales de Cataluña, Aragon y Valencia.

A la Saboya, cuyo poder habian resuelto aumentar los Estados marítimos para que se equilibrase con el de sus vecinos, se le asignaron mayores confines, restituyéndole la Saboya, Niza y toda la pendiente italiana de los Alpes marítimos, cuya cumbre marcaba los límites de Francia; obteniendo el duque de Sicilia, con el título de rey, la expectativa al trono de España cuando se extinguiese la línea de Felipe V.

Los estados generales, que no aumentaban por mar su poder, restituyeron á Francia, Lila, Orchies, Bethune, Aire, Saint-Venant y el fuerte Francisco, y obtuvieron por barrera á Tournay, Ipres, Menin, Furnes, Warneton, Warwik, Comines y el fuerte Knocke.

De este modo se hicieron varios tratados particulares, más bien que una paz general, pudiendo romperse uno de ellos sin que perjudicase á los otros. Entre tanto el objeto de la guerra continuaba sin decidir, porque el emperador no renunció á sus pretensiones sobre España, que le habian costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Apénas Luis le tuvo aislado, le hizo proposiciones en tono muy diferente del que antes usó; y como las rehusase, continuó la guerra hasta que los triunfos de Villars le indujeron á aceptar la paz, la cual se concluyó en Rastadt entre éste y el príncipe Eugenio, accediendo á ella despues los estados del imperio en Baden. Por este tratado se aseguraron al emperador Nápoles con el estado de los Presidios, Milan, Mantua y Cerdeña; se le restituyeron Vieux-Brisac, Friburgo, Kehl, dejando á Luis, Estraburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisac y la soberanía de Alsacia, y levantando el destierro á los electores de Baviera y Colonia. A este tratado procedió el de las Barreras, hecho en Amberes, para dar á la casa de

Austria los Países Bajos españoles, y habilitarla para defenderlos sin gastos, dando derecho á los holandeses para tener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Furnes, Warneton y Knocke.

De este modo se hizo una nueva distribución de Europa, arreglando las diferencias que la habian agitado. La casa de Austria veia hecho pedazos el temido cetro de Carlos V, y elevarse á su lado la Prusia, de la que habia sido reconocido rey el elector de Brandeburgo, añadiéndole el ducado de Güeldres, quitado á España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose contra el imperio, debia hallar imitadores. Apareció la dignidad de Francia, pudiendo salir de una guerra desgraciadísima con poquísimas pérdidas y conservando en su familia el trono de España. En estos dos reinos cesaba la rivalidad en que habian estado por espacio de dos siglos; pero á la union de las dos líneas no se daba otra garantía sino el juramento de ambos reyes, y muy pronto se conoció cuán débiles son en política los lazos de parentesco. El efecto principal de aquella paz, que fué el separar de España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, habia parecido oportuno para conservar el equilibrio, refrenar el genio invasor de Luis, defender el Austria, el imperio y Holanda; pero en vano trataron los protestantes de obtener alguna consideración respecto de sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon para beneficio propio, de modo que predominó el sistema mercantil; y mientras Witt queria que lo tuviese Holanda por mar, no por el continente, ella gastó 350.000.000 de florines para obtener el tratado de las Barreras, como garantía de su futura existencia. Inglaterra habia dirigido la guerra y la paz; por medio del sistema de los empréstitos, entonces introducido, pudo proporcionar subsidios y soportar gastos enormes. Entonces encontraba ventajas en estar unida al emperador como dueño de los Países-Bajos, y podia ganar la Saboya y los príncipes del imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, contando con la unidad de la república holandesa, aumentados los medios de continuar las combinaciones políticas, quedaba árbitra de los negocios del continente.